

La incertidumbre de la sinopsis acerca del documental *Las mujeres del pasajero*

Escrito por: Raciél del Toro Hernández



Aunque Fernando Trueba afirmara categóricamente, durante la Master Class inaugural del quinto Talent Campus Guadalajara, que para hacer cine hoy día es necesario llenar y rellenar —como ciclo que nunca acaba— demasiados documentos (y puede que tenga razón), estoy seguro de que él, sabedor de que la promoción es una etapa esencial en la vida de una película, jamás descuidaría elementos esenciales como el afiche, el tráiler invitador o la sinopsis sugerente. Al menos su productor o agente de ventas se lo exigirá.

Entre esos tantos documentos, la sinopsis es como un lunar en el cuerpo del filme, que va transformándose a medida que esta nace, crece, se afianza; la sinopsis es la puerta que convida al espectador —vacilante ante las decenas de propuestas que programa un festival de cine como el de Guadalajara— a resolver cuál es el dintel de imágenes sobre el cual desearía caminar.

Una sinopsis como la del filme chileno *Las mujeres del pasajero*, primer documental dirigido por Patricia Correa y Valentina Mac-Pherson, no es convidante. La reflexión sobre el amor es uno de los temas sobre los que el cine vuelve una y otra vez. ¿Por qué querríamos escucharlo nuevamente de la boca de cuatro camareras de motel? Tienen que convencernos.

Sin embargo, qué grata sorpresa fue descubrir un documental que pone al descubierto un humor fresco en medio de un ambiente que las mismas cineastas concebían sórdido: un motel

adonde los amantes llegan para exteriorizar sus pasiones más intensas y prejuicios más escondidos. La sinopsis comenzó a ser desleal.

Las documentalistas revelan personajes gratos, que logran empatía con el espectador. Pero como siempre en la vida, nos vemos obligados a escoger, y a medida que avanza el relato, un personaje crece mientras otros quedan disminuidos o desaparecen; quiero seguir escuchando a la camarera Elizabeth y del resto olvidé hasta sus nombres. Las cineastas pretendían brindarle voz a cuatro experiencias dispares, pero también terminaron escogiendo y tres de cuatro se diluyen entre gemidos y jadeos sudorosos de los clientes del motel.

Ya sabemos que el cine documental no es la realidad. Los pioneros de esta modalidad cinematográfica jamás pretendieron filmar la realidad, cuando Robert Flaherty pedía a Nanook que dramatizara su vida ante el lente, o Dziga Vertov se cuestionaba la función social de *El hombre de la cámara*. El documental es una porción de la realidad, interpretada y manipulada, a través de la cual el cineasta asume una postura ante determinado suceso. Y aunque esa postura se manifiesta desde la misma escogencia del tema, el documentalista debe poner el lenguaje cinematográfico a merced de la historia relatada.

Eso es lo que desdeño en *Las mujeres del pasajero*: los insistentes planos detalle sobre el vómito en la almohada, la mugre, las colillas de cigarro, cuando las acciones de los mismos personajes no manifiestan ese asco sobre el que las imágenes se regodean; la sobreexposición de los gritos amorosos ante la indiferencia evidente de las camareras; la manipulación explícita, pues si bien sé que desde el inicio estoy siendo manipulado (y lo acepto), el cine documental no tiene que ser la Verdad, pero sí debe ser veraz.

Aunque no hay cámara en mano y esta se mantiene a ras de suelo, como intrusa disminuida que no quiere invadir el espacio privado de los amantes; aunque no hay reportero que coloque el micrófono ante el entrevistado, sino un tono observacional que parece no querer intervenir; con *Las mujeres del pasajero* me queda un sinsabor a reportaje periodístico que encontró una buena historia y, fiel a su impronta de género periodístico interpretativo, propone varias miradas, contextualiza e, incluso, muestra la opinión de las documentalistas, pero deja al espectador, solitario, que escoja la decisión final.

Una camarera confiesa que se casó sin estar enamorada; otra cuenta cómo se arrastró a los pies de su esposo cuando este la dejó por otra; Elizabeth quiere experimentar en su cama las aventuras que escucha o imagina en el trabajo, pero el hombre es el que manda y ella no se atreve, o no se lo permiten. ¿No estábamos viendo un documental sobre el amor?

En *Las mujeres del pasajero* emerge inevitable, como un espectro sempiterno de las realidades latinoamericanas, el machismo ancestral, el dictado patriarcal de “lo correcto” y “lo moral”; escenario que a Patricia y Valentina no les parece pertinente ahondar en su relato,

aunque el amor pretendido de las camareras se desdibuje y, en su lugar, emerja el desamor, cual si fuera el humo levitante del cigarro de Tony Leung, a la vez hermoso y marchito, en ***Deseando amar*** (Fa yeung nin wa, 2000), de Kar Wai Wong. La sinopsis, p rfida, volvió a antojarse desleal.